

*Tres días después del asesinato de Raquel Manjón*

Susana Salgado sintió de nuevo la punzada de culpa de las verdaderas víctimas. La opresión en el centro del pecho, el ahogo sordo de la respiración, el vértigo. Tres días hacía que apenas probaba bocado, desde que el subinspector Contreras dejase el informe forense del asesinato de Raquel Manjón sobre su mesa. Cerró los ojos intentando ahuyentar sus propios fantasmas. Pero el rostro de Raquel Manjón se le representaba una y otra vez. Incluso en sueños. Se le aparecía con las magulladuras todavía coloridas sobre la palidez de cera de la muerte, con las heridas aún abiertas sobre la piel ya sin vida. Con las cicatrices de sangre seca salpicando sus pechos, sus muslos, su pubis. Cerró los ojos de nuevo. Todos nos hemos sentido culpables en algún momento. Pero sólo aquella vez, hacía ya muchos años, se había sentido humillada hasta el punto de desear un castigo, o más bien hasta el punto de aceptar que era merecedora de uno. La víctima no lo es porque otros la humillen, sólo lo es porque se siente víctima –decía siempre el subinspector Contreras. Aquella tibia noche de verano, cuando todavía era estudiante de Derecho, una sombra escondida en los jardines del Colegio Mayor había sorprendido sus cuerpos desnudos a la luz de la luna. Unas horas más tarde la sombra la había perseguido después del silencio hasta cubrirla con su cuerpo, hasta nublarle los sentidos. Apretó los ojos con fuerza para impedir la entrada de los malos recuerdos...

Es fácil y simple disculparse a uno mismo –pensó-, buscar excusas para cada uno de nuestros actos. Nos decimos No tuve más remedio, Me vi arrastrado por los acontecimientos, He tenido mala suerte, Me provocaron, Lo hice porque la/lo quería, Me dejé llevar por la pasión, el amor, los celos, Fue en defensa propia, pero no lo repetiría... Todos los días justificamos nuestros actos y nos exculpamos, incluso cuando confesamos los crímenes más horrendos, incluso cuando sabemos que somos culpables. Eva fue engañada por la serpiente. Y Adán fue tentado por Eva. Dios les expulsó del paraíso por su gran pecado, la soberbia, ese gran pecado que trajo la perdición y el dolor a la humanidad. El poder más, el querer ser más. El mismo pecado por el que Lucifer sufrió

su caída. Si algo le habían enseñado sus quince años de profesión a Susana Salgado es que los conflictos humanos son siempre una cuestión de poder...

La inspectora Salgado se quitó las grandes gafas de pasta negra que utilizaba para ver de lejos y se dio un ligero masaje con dos dedos entre las cejas. Cerró los ojos. Se sentía realmente cansada. Uno no es víctima hasta que no se siente víctima –había dicho el subinspector Contreras. Tan sólo unos segundos había sentido ese regusto amargo y caliente de su saliva en la garganta, el olor ácido de su piel, la punzada de la culpa en lo más adentro de su pecho: debo pagar por mis pecados, merezco ser expulsada del paraíso. En aquella fatídica hora de hacía ya casi quince años debió de perder el sentido porque no recordaba más, excepto que cuando despertó lo hizo ya de noche en el campus de la universidad, desnuda, aterida de frío. Un dolor sordo de cintura para abajo, un pinchazo en el abdomen, hormigueo en las piernas. Sus ropas estaban unos metros más allá, iluminadas por las escasas luces de lo que sería otro Colegio. Parecía tener el cuello dislocado. A lo lejos se divisaba la luz perdida de alguna farola. Se levantó a duras penas y guiándose por ella logró llegar hasta la carretera que cruza el campus hasta Moncloa, parar un coche y pedirle a un profesor de universidad rezagado que la acercara al hospital más próximo. Había sentido la difusa presencia de una sombra acechando en la oscuridad, algunas veces todavía aún la sentía detrás de ella, al doblar una esquina, en la parte trasera del autobús, cuando cogía el coche en un parking solitario o abría la puerta del portal en la calle oscura. Desde entonces había una sombra en su vida, la de aquella noche tibia de verano que había sorprendido sus cuerpos desnudos a la luz de la luna y que luego se había agrandado y la había perseguido y ahogado con el peso de su negrura. Estuvo unos días ingresada en el Clínico. Un inspector de la comisaría del distrito se acercó al mismo hospital a tomarle declaración. ¿Recuerda su rostro? Tan solo sus ojos grises acuosos y sus manos fuertes, velludas, atenazándome la garganta. ¿No puede darme algún otro dato de su aspecto? No lo recuerdo, por más que lo intento no puedo recordar su rostro. ¿Cómo es el rostro de la culpa?

Quince años hacía que había cursado la carrera de Derecho en la Complutense. Casi diez desde que ingresara en el Cuerpo Nacional de Policía. Una carrera brillante, decían los que la querían o la envidiaban. Pero todos desconocían que su verdadera

vocación no era ser policía, sino la que podía llevar a cabo cuando cerraba la puerta de su apartamento en el que vivía sola desde hacía cinco años, desde que rompiera con su novio Federico. La que realizaba cuando encendía el ordenador y comenzaba a teclear. Había de reconocer que si los casos de maltrato de género en que se había especializado le interesaban no era solo por resolverlos y hacer justicia –del modo en que es posible hacer justicia y sólo en la medida en que es posible hacer justicia, y de esto la jueza Moyano, con la que a menudo trabajaba, sabía más que nadie- sino, y sobre todo, por tener materiales para sus historias –y esto había de reconocerlo no sin sentir un cierto rubor- por conocer los móviles que empujan a actuar a los seres humanos. Se consolaba pensando que el hecho de que sus fines no fuesen del todo altruistas no eliminaba la eficacia de sus acciones y que cuando resolvía un caso no importaban tanto las razones que la habían llevado a resolverlo, no tanto las intenciones –que no eran el logro de la justicia sino el mayor conocimiento de la especie humana-, como el hecho en sí de la resolución, los resultados. Podríamos decir que en este punto Susana Salgado estaba situada en las antípodas de una ética de tipo kantiano, en la que lo que juzga la bondad de una acción es la intencionalidad con la que se haga. Para Susana Salgado, en contra de Kant, una acción era buena si lograba un buen resultado. Una buena policía no se medía por los buenos intentos, sino por los verdaderos logros.

En cualquier caso –y esto era lo que de verdad le interesaba-, si algo había aprendido Susana Salgado no sólo en el ejercicio de su profesión sino en la reflexión posterior sobre los casos con los que se encontraba –cuando los ponía por escrito- es que hay unas cuantas reglas, muy pocas, que nos definen a todos los seres humanos. Y esas reglas podían resumirse en una sola palabra: Poder. Con razón Nietzsche llamaba Voluntad de Poder a la energía que mueve el mundo –tal y como le había explicado su profesor de filosofía en los años de Instituto. Ya en el siglo XX, Foucault introdujo el término Microfísica del poder para referirse a los conflictos de dominio en todos los ámbitos humanos, incluso en los más pequeños. Y es que no tenía más que empezar a teclear sobre una nueva investigación para darse cuenta de que las relaciones humanas son siempre relaciones de poder y de que todos los actos violentos, abusos, atropellos, violaciones, crímenes, tropelías de cualquier clase, se cometen por una razón: tener el poder, dominar al otro.

Sin duda todos queremos tener el control –pensaba Susana delante del teclado-, desde que nacemos y nos desprendemos del útero materno, al que estábamos sujetos por

el cordón umbilical. A Susana le gustaba imaginar su propio nacimiento. Se inventaba saliendo de las entrañas de su madre, llena de vísceras, primero ella y luego su hermana Alicia, tan solo unos minutos después –en este orden vinieron al mundo, según les habían contado sus padres. El hecho de haber sido la primogénita de las mellizas, lejos de significar una ventaja, suponía que se había desprendido la primera del lazo que la unía con su madre, lo cual la desazonaba aún más. El miedo que nos ocasiona esa pérdida, ese desprendimiento tan doloroso –pensaba-, es lo que hace que necesitemos controlar, dominar, poseer. Su hermana Alicia siempre fue la preferida de su madre. La aceptación de esa verdad dolorosa es lo que un día la hizo madurar. De todas formas, los celos no son más que una simple manifestación de la necesidad de control, del ejercicio de poder sobre el otro. Es como decir Quiero ser más que tú en el cariño de mi madre, o al menos No quiero ser menos que tú en el cariño de mi madre.

Los relatos de Susana Salgado muy pocas veces llegaban a un final, casi siempre se quedaban a medias, porque antes de haberlos concluido ocurría otro suceso aún más espeluznante que la atrapaba en sus redes y entonces sentía la necesidad de volver a empezar. Las causas de los hechos. Por qué ocurren las cosas, de dónde vienen, cuál es su raíz, cuál el cordón umbilical del que se desprendieron en un momento dado. Susana Salgado se preguntaba por qué siempre posponía la ardua tarea de contar los finales. La respuesta era simple. A Susana Salgado no le interesaban los finales, no la resolución de los hechos –aunque los resolviera siempre del modo más eficaz posible-, sino los porqués. Tan solo las causas. Y eran éstas las que, paradójicamente, la llevaban a resolver los casos más complicados. Al final se llega desde la raíz porque los extremos se tocan –solía decir el subinspector Jerónimo Contreras a modo de síntesis, con su habitual gesto de echar el labio inferior hacia adelante.

Todavía, a sus treinta y ocho años, Susana Salgado no había concluido ninguna de sus historias, ni había intentado publicar nada. En parte porque no quería que su carrera de escritora se mezclara con la de inspectora. Ambas pertenecían a esferas distintas. Se podría decir que Susana Salgado era inspectora de puertas para afuera y escritora de puertas para adentro. Aunque tal vez ambas cosas fueran tan sólo dos caras de la misma moneda, el haz y el envés de su obsesión por las vidas ajenas, de su curiosidad malsana, de su voyerismo. Algún día –soñaba-, cuando se jubilara, daría a conocer sus escritos, pero ese momento quedaba aún muy lejos.

Federico, su ex novio, a menudo se inmiscuía demasiado en sus asuntos. El colmo fue cuando leyó algunos de sus escritos, cosa que le tenía terminantemente prohibida. Eres buena en el planteamiento –se había atrevido a decirle sin ninguna consideración-, pero te atrancas en el nudo. Y utilizaba exactamente esos términos para referirse a sus relatos siempre inacabados: planteamiento y nudo. Sí, los nudos no se me dan bien, prefiero no estar atada –le espetó ella una fría noche de invierno. Él recogió con dignidad sus cuatro bártulos dispersos y se marchó de su apartamento de la calle Doctor Esquerdo, en el que desde entonces vivía sola. Sin embargo, lo que Federico ignoraba era que lo que no se le daban bien a Susana eran los finales. Rematar una historia como se resuelve un caso. Hay casos que no tienen resolución –se decía-, y por desgracia su vida sentimental era uno de esos casos. Uno de los pocos que aún no había sido capaz de resolver.

¿Qué le parece, jefa? El subinspector Contreras golpeó el informe del forense así de sopetón contra su mesa. La inspectora Salgado no contestó, posando los ojos sobre el documento. Le molestaba que la sacara de sus pensamientos tan bruscamente. Solía ensimismarse durante horas desde que era una niña. Deja de soñar y baja a la realidad – la regañaba su madre- fíjate en tu hermana Alicia. Su pobre madre –muerta ya hacía varios años- no sabía que no estaba soñando sino analizando los acontecimientos. Cualquier situación, por nimia que fuera, sufría el bisturí de su mente analítica. Cualquier detalle, por insignificante que pareciese, era diseccionado, desmembrado y vuelto a coser, recompuesto para ser comprendido mejor.

Las reglas del método cartesiano son cuatro –le decía su profesor de Filosofía durante el Curso de Orientación Universitaria del Instituto. Las cuatro reglas que enumera Descartes en el Discurso del Método son: Evidencia, Análisis, Síntesis y Enumeración. Llegar a una verdad de manera intuitiva –insistía su profesor, del que entonces se sentía secretamente enamorada. Llegar a una verdad de la que no nos quepa ninguna duda, que se nos presente con absoluta evidencia. ¿Te has echado un novio porrero? –le preguntaba su padre acariciando las teclas del piano que solía tocar todas las tardes. Federico no es un porrero, papá, sólo fuma de vez en cuando. Federico era rubio, alto, desgarbado, tenía un cuello extremadamente largo que sostenía una cabeza muy pequeña, por lo que en el colegio le apodaban El Jirafa. Les gustaba liarse un porro de vez en cuando en el parque

de los pinos. Federico la atraía hacia sí y le pasaba el humo a través de su lengua. Cuando nos casemos te llevaré el desayuno a la cama –le prometía. Pero ella sabía que nunca sería feliz con él. Y sin embargo tampoco era capaz de dejarlo. En su corta experiencia en las relaciones sentimentales le ocurría que se le apoderaba la piedad, el sentimentalismo, el dolor que sentía por el otro. Su problema era que –en palabras de su colega, el teniente Alberti- empatizaba demasiado. El policía debe mantener la cabeza fría –le repetía el teniente Alberti cuando la veía sufrir. La piedad es un sentimiento de débiles que camufla la incapacidad para salir adelante, según Nietzsche –les explicaba su profesor.

Exceptuando aquella noche en los jardines de la Complutense, Susana Salgado había tenido muy escasas experiencias antes de Federico. Pero aquella noche fue distinta, entonces no sintió piedad sino simple y llanamente deseo, un deseo ardiente pero extraño, como si en ese momento ella no fuese ella sino una desconocida que se había instalado en su cuerpo. Tal vez esa mujer era más auténtica que aquella a la que estaba acostumbrada, tal vez era la única ocasión en que no había interpretado un papel. Por eso sabía que algún día, más tarde o más temprano, terminaría rompiendo con Federico. El por qué escogió ese momento y no otro es una cuestión a la que no podía responder ni la Susana Salgado de todos los días ni la auténtica a la que no había vuelto a ver desde aquella noche. No me gusta estar atada –le había dicho esa noche fría de hacía ahora cinco inviernos-, y él se fue. En ese momento se había sentido fuerte, casi cruel, parecía que por fin se había liberado del terrible sentimiento de piedad que la embargaba. Le hubiese gustado seguir siendo su amiga, pero ya hacía cinco años que Federico se había marchado y desde entonces no había vuelto a saber nada de él.

Para alcanzar esa primera verdad –les explicaba su admirado profesor-, ¿qué creen ustedes que propuso Descartes? Dudar de todo –contestaba Ramírez, el empollón de la clase. Exacto, señor Ramírez, el método cartesiano utiliza la duda como camino para llegar a la certeza. Por paradójico que parezca, la duda cartesiana no es un fin en sí mismo, al estilo escéptico –los escépticos pensaban que no era posible lograr ninguna clase de certeza, por lo que estaban por así decirlo instalados en la duda-, sino que la duda cartesiana es un medio que nos conducirá a la evidencia...

¿Ha visto el informe, jefa? –insistió el subinspector. A Susana Salgado el corazón le dio un vuelco. Irrumpir tan bruscamente en el interior de otro era casi como una

violación. Una violación mental –pensó-, y debió de decirlo en alto sin darse cuenta. El subinspector la miró interrogativo. La inspectora Salgado abrió por fin el informe forense. Por más que se resistiera, por más que aplazara el momento de ver el horror de los ojos de la víctima, tarde o temprano tendría que enfrentarse a esa temida mirada, revisar el informe de arriba abajo, leerlo pormenorizadamente, detenerse una y otra vez en las fotos en las que aún no se atrevía a posar los ojos ni unos segundos. Respiró hondo, intentando hacer llegar la mayor cantidad posible de aire a sus pulmones. Tragó saliva. Otro caso más de maltrato de género. Otro caso más con el resultado de muerte. Otro más en que la víctima fue violada y torturada antes de ser asesinada con saña. ¿Recuerda algún detalle que nos pueda ayudar a identificar a su agresor? –le había preguntado aquel comisario en el hospital hacía quince años. No recuerdo su rostro –le había repetido ella entre lágrimas-, sólo sus ojos grises acuosos, sus manos fuertes, velludas. Y el olor ácido. El olor sí que no puedo olvidarlo...